

JOSÉ MARÍA BENEYTO

¿GUERRA O PAZ?

CHINA, ESTADOS UNIDOS
Y EUROPA



DEUSTO

¿Guerra o paz?

China, Estados Unidos y Europa

JOSÉ MARÍA BENEYTO



EDICIONES DEUSTO

© José María Beneyto, 2024

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: octubre de 2024

Depósito legal: B. 15.418-2024

ISBN: 978-84-234-3782-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Sumario

Introducción	9
1. El desafío de China.	15
2. El rearme nuclear, la guerra tecnológica y Xi Jinping	43
3. ¿Es China un Estado distinto a todos los demás?	81
4. La gran contienda.	123
5. ¿Vamos hacia una guerra entre China y Estados Unidos? ..	161
6. Europa, entre la Alianza Atlántica y la dependencia de China	191
7. El factor ruso: consecuencias de la guerra de Ucrania.	231
8. España y China	261
Epílogo. ¿Guerra probable, paz imposible?	289

El desafío de China

En este primer capítulo, desarrollamos la idea de que nos encontramos ante el mayor desafío al orden liberal-democrático creado por Estados Unidos y sus aliados que se haya conocido hasta ahora. En este sentido, sus dimensiones son distintas a las de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, debido a las características tan singulares del poder de China y al grado de interdependencia global actual.

¿Cuáles son los orígenes del «orden» en el proyecto wilsoniano y sus sucesivas refundaciones a lo largo de su existencia? Frente a la versión de una segunda Guerra Fría, sostenida por algunos expertos, que conduciría a una política de grandes potencias con reconocimiento de esferas de influencia para China y Rusia (en el Pacífico Occidental y en el Este de Europa, respectivamente), es preciso analizar la realidad del poder chino —económico y militar— y en qué consiste la reversión del orden internacional que durante ochenta años ha mantenido aceptables niveles de seguridad y prosperidad mundial.

Debemos detenernos, por tanto, en cuáles son los objetivos de la política de seguridad china y en qué medida suponen un reto a la estrategia de seguridad americana. De esta manera, la pregunta central que se comienza a plantear —y que será desarrollada en los sucesivos capítulos del libro— es si cabe una nue-

va refundación del orden, teniendo en cuenta las exigencias de Pekín y la propia realidad de la potencia global china. La cuestión que hay que ayudar a formular es, en consecuencia, cómo lograr comprometer a China con una adecuación del orden mundial, en vez de proceder a su sustitución.

Una fase más intensa del enfrentamiento entre Estados Unidos y China

En la segunda mitad de la década de 2020, Estados Unidos y China entrarán en una fase decisiva del enfrentamiento al que están abocados. No importan las estrategias que lleven a cabo cada una de las dos potencias o los acontecimientos que puedan tener lugar, lo que parece claro es que la tensión entre ambas no va a parar de crecer. Son unos años en los que vamos a vivir peligrosamente.

Parece estar en la lógica de las condiciones históricas y políticas que el aumento de la competencia sino-norteamericana sea inevitable.² Lo que no es inevitable es la guerra. Todavía es posible que los dos países desarrollen barreras de protección para impedir que el enfrentamiento creciente en el terreno económico, tecnológico y geopolítico degenera en un conflicto militar abierto.

El Partido Comunista Chino (PCCh) está convencido de que, a finales de la década de 2020, la economía china superará finalmente a la de Estados Unidos en términos de PIB a tipos de cambio de mercado. Este hecho tan deseado por los dirigentes chinos, que para los observadores occidentales puede tener un significado relativo, no lo tiene para el Comité Central del PCCh. Para China, el tamaño siempre tiene importancia y, habiendo puesto en el crecimiento económico la justificación de su conducta, para las autoridades chinas este dato es esencial.

2. Véase, entre otros, Dyer, Geoff, *The contest of the century. The new era of competition with China - and how America can win*, Vintage Books, Nueva York, 2014; y Shambaugh, David (ed.) *Power shift. China and Asia's new dynamics*, University of California Press, Berkeley/Los Ángeles, 2005.

Ser el número uno propulsará el sentido de autoconfianza, el orgullo y la seguridad de los líderes chinos, y con ello, una posición más inflexible en cualquier negociación con Estados Unidos.

Recuerdo una conversación de hace veinte años en Pekín con un alto funcionario del régimen. Le pregunté por la posibilidad de que China quisiera alguna vez, dados su impresionante crecimiento económico y su historia, ostentar la hegemonía mundial. Me contestó con una astuta sonrisa que «existía una sabiduría del *número dos*».

Esa «sabiduría» ha cambiado de perspectiva desde que Xi Jinping accedió al poder en 2012. Desde entonces, acuciado por la urgencia que le caracteriza, Xi se ha movido rápidamente para obtener varios fines: consolidar su autoridad política; purgar al PCCh de una corrupción rampante; deshacerse de sus enemigos en el seno del partido; domesticar a los conglomerados tecnológicos y financieros, que se habían hecho cada vez más autónomos; aplastar la disidencia interna y expandir con firmeza la influencia de China en el escenario mundial. Todo ello a través del fortalecimiento del papel central del PCCh.

Sus predecesores inmediatos —Hu Jintao, Jiang Zemin, Deng Xiaoping— creían que Pekín debía esperar pacientemente su momento, asegurando un crecimiento económico continuado y la paulatina influencia de China en el mundo a través de su integración en las estructuras del orden global existente. Xi, por el contrario, ha demostrado ser muy impaciente con el *statu quo* y tener prisa por desafiar el orden internacional, incluso sin excesivos reparos en asumir riesgos calculados.

¿Cuáles son las razones de esta urgencia en la conducta de Xi Jinping? Algunos analistas, los más críticos, la interpretan como consecuencia de las ansias de un ambicioso autócrata que busca rehacer el orden mundial en el sentido del PCCh. Otros piensan que se trata de responder con herramientas de la tradición leninista a las grietas de un sistema político desbordado por las exigencias de una nueva sociedad.

Lo cierto es que para Xi existe un periodo de diez a quince años durante los cuales Pekín debe aprovechar las ventajas de las importantes transformaciones tecnológicas y geopolíticas a las que asistimos para ayudar a superar las debilidades internas de China. Estos desequilibrios interiores están marcados por un profundo vacío demográfico y un descenso económico estructural, en paralelo a rápidas transformaciones en las tecnologías digitales, la biotecnología y la inteligencia artificial, y todo ello ante lo que se interpreta como un imparable debilitamiento de la posición de los Estados Unidos en su hegemonía mundial y en el equilibrio de fuerzas globales.

Volvemos una vez más, a los ojos de los dirigentes chinos, a un desplazamiento del *hegemón* descendente en favor de un nuevo equilibrio de fuerzas, antes de que se consolide en un futuro no excesivamente lejano el poder de la potencia emergente. Algunos dentro de China le ponen incluso una fecha: 2049, el centenario de la creación del PCCh.

Es el impulso que el presidente chino denomina «hondos cambios no vistos en un siglo» lo que le lleva a querer responder al nuevo entorno con respuestas más audaces.

Obviamente, no se trata sólo de las ambiciones de un solo hombre. Las tendencias de fondo actúan con peso propio. No hace falta recordar la célebre frase de Napoleón de hace dos siglos, citada con frecuencia, pero nunca antes tan plenamente actual: «Dejad dormir a China; cuando despierte, hará que el mundo tiemble».

Uno de nuestros contemporáneos que quizá mejor haya analizado —junto a Henry Kissinger— el ascenso de China y sus consecuencias, Lee Kuan Yew, fundador y primer ministro durante décadas de Singapur, y principal artífice del extraordinario éxito de este país, señaló que China estaba destinado a ser «el mayor jugador en la historia del mundo». Lee fue el interlocutor privilegiado de líderes y altos dirigentes, tanto chinos como norteamericanos, a lo largo de décadas, hasta el punto de obtener en Pekín el título de «mentor», un término de máximo respeto en la cultura sínica.

Y Lee lo dejó dicho con claridad: «El tamaño del desplaza-

miento del equilibrio mundial es de tal magnitud que el mundo tiene que encontrar un nuevo equilibrio. No es posible pretender que China sea simplemente otro jugador».³

Al focalizar su planificación estratégica en el periodo de los próximos diez a quince años, Xi ha conseguido introducir en el sistema político chino una férrea determinación, que puede ser muy eficaz para abordar lastres del pasado y obtener una mayor centralización. Si Xi tiene éxito, China podría emerger como el arquitecto de una nueva era —escasamente multipolar— y escapar a la famosa «trampa» de las economías de ingresos medios, consiguiendo que la capacidad tecnológica de su sector manufacturero y militar se encuentre en situación de rivalizar e incluso superar a las economías más desarrolladas.

Si se alcanzaran las condiciones requeridas, es previsible que el Banco Central chino dejara flotar libremente el yuan en los mercados, abriera su cuenta de capital y desafiara al dólar como principal moneda de reserva mundial. Esto significaría un paso esencial en la reversión del orden liberal-democrático. Por primera vez en la historia un régimen autoritario ejercería una influencia desconocida sobre los mercados financieros internacionales. Sin duda, uno de los objetivos principales más deseados por Xi sería revertir el poder económico alcanzado por Washington gracias a su dominio de los mercados financieros globales.

Un vector clave en este proceso es el tecnológico y el impacto de la tecnología sobre el armamento. Un nuevo plan estratégico, anunciado en otoño de 2020, persigue que China domine en todas las áreas innovadoras, incluida la inteligencia artificial, antes de 2035. Y Pekín pretende completar su programa de modernización militar en 2027, siete años antes del calendario anteriormente previsto. Se trata de dotar a China con una ventaja decisiva en todos los escenarios concebibles en el caso de un enfrentamiento directo con los Estados Unidos sobre Taiwán. Una victoria en el contencioso de Taiwán —a poder ser, sin intervención

3. Allison, Graham; y Blackwill, Robert D.; con Wyne, Ali, Lee Kuan Yew. *The grand master's insights on China, the United States, and the world*, The MIT Press, Cambridge (Ma.)/Londres, 2013, p. 42.

militar, pero con la espada de Damocles permanente de no excluirla— permitiría a Xi forzar la reunificación con la isla antes de abandonar el poder, y de esta manera entrar en el panteón del PCCh al mismo nivel que Mao Zedong.

Xi busca una autosuficiencia de China que le permita contrarrestar cualquier intento de Washington de «desacoplar» la economía china de la americana, o de utilizar el control norteamericano del sistema financiero global para bloquear el ascenso de China. Esta meta está en el núcleo de lo que el presidente chino describe como la «economía de doble circulación», es decir, lograr que la economía nacional dependa menos de las exportaciones favoreciendo el consumo nacional, y aprovechar la enorme atracción gravitacional del mayor mercado del mundo para que inversores y suministradores se sometan a los términos establecidos por Pekín.

En este contexto se enmarca también la renovada estrategia en investigación y desarrollo tecnológico, y en el sector manufacturero, que busca reducir la dependencia china de importaciones de tecnologías clave, como los semiconductores. Aquí, Taiwán, el mayor fabricante de semiconductores del mundo, con cerca del 80 % de la producción mundial, se erige en un objetivo no sólo patriótico, sino también geoeconómico de primer orden.

Todos estos ambiciosos planes tienen, sin embargo, un poderoso hándicap en contra. Se basan en priorizar el control por el partido y las empresas de propiedad estatal sobre un sector privado que ha demostrado en las décadas del milagro chino ser muy trabajador, emprendedor, innovador y relativamente independiente. Son estas cualidades las que han hecho posible el increíble éxito económico de las últimas décadas.

Para responder a lo que se percibe como una amenaza económica exterior de Washington y sus aliados, y un eventual desafío político interno de los sectores de la sociedad china más innovadores, Xi se encuentra ante el dilema típico de muchos sistemas autoritarios: cómo fortalecer el control político desde el centro sin eliminar la confianza y el dinamismo empresariales. En esta estrategia, dos elementos resultan fundamentales para mantener la cohesión interna: el fortalecimiento de la centralidad del parti-

do y la eliminación de cualquier disidencia interna. Mientras que la propaganda, asentada en la visión inexorable de la historia de que nos encontramos en un cambio de era, cumple su eficaz papel como factor disuasorio interno y movilizador hacia el exterior.

La reversión del orden liberal-democrático

Los dirigentes chinos y Xi, en particular, están convencidos de que nos hallamos en el umbral de un cambio de época, un acontecimiento similar a lo que supuso en la historia la caída del Imperio romano, el fin de Constantinopla, o la derrota de Napoleón en Waterloo.

Xi, su núcleo de fieles del partido, y aparentemente un número nada desdeñable de la población china (el presidente cuenta con un apoyo oficial del 80 %), consideran que la confrontación sino-norteamericana está abocada al fin del antiguo orden liberal-democrático bajo hegemonía estadounidense que Washington creó, junto con sus aliados, después de la Segunda Guerra Mundial.⁴

Si miramos atrás hacia los últimos ochenta años, hacia el origen de ese orden que ha prevalecido en el escenario internacional, necesitamos reflexionar brevemente sobre la naturaleza de Estados Unidos.

La independencia de Estados Unidos inició un experimento radical en la historia de la humanidad. Sus padres fundadores —Washington, Jefferson, Adams— creían que, siguiendo el pensamiento de Locke, era posible establecer una comunidad de individuos libres que persiguieran en primer término su propio interés y, a la vez, escapar del peligro de la anarquía implícito en esta actitud egoísta a través de la cooperación y la asociación en beneficio mutuo.

Desde sus orígenes, los Estados Unidos fueron la expresión política de esta idea y, a la vez, sus propagandistas. Pero hasta que la superficie de la tierra se poblara de repúblicas democráti-

4. Rose, Gideon, «The fourth founding. The United States and the liberal order», *Foreign Affairs*, 98, 1 (2009), pp.10-21.

cas similares a la suya, durante todo el siglo XIX, el objetivo de la nueva nación —la predestinada «Ciudad sobre la Colina» (*the city upon a hill*)— estribó en proteger la revolución que había llevado a cabo y perfeccionar la unión entre sus diferentes componentes. Eso fue posible gracias a que los estadounidenses se mantuvieron en la periferia del orden mundial dominado por las potencias europeas, y pudieron dedicarse sin intervenciones externas a construir una república comercial. La clave del éxito de su ascensión se basó en que el país se hallaba protegido por su situación geográfica y por la supremacía global de la Armada británica, que garantizaba el orden existente.

Pero en el siglo XX las cosas cambiaron, primero, con la definitiva participación de Estados Unidos en la Gran Guerra y la nueva organización de la diplomacia mundial sobre la base de los principios del wilsonianismo y, tras 1945, con el masivo triunfo de los aliados sobre el Eje y la decisiva ordenación del planeta en torno a la hegemonía norteamericana. Los Estados Unidos dominaban los océanos, actuaban como gendarme mundial y dirigían la economía global centrada en el dólar. Una nueva estrategia se hizo necesaria.

Dado que el origen fundacional de América había sido el rechazo del equilibrio de poder entre las grandes potencias europeas, se recurrió a la idea que había dado luz al individualismo democrático: ¿por qué no aplicar la lógica del contrato social, que se había probado con éxito nacionalmente, hacia el exterior? Si individuos autónomos habían sido capaces de superar el estado de naturaleza y encontrar vías para cooperar entre ellos con el fin de obtener beneficios mutuos, ¿por qué no podrían hacerlo los países?

No se trataba de que las naciones se comportaran benéfica-mente entre sí, sino de que desarrollaran intereses comunes y entendieran que iban a ganar más cooperando que de manera aislada. Frente a la lógica de la suma cero —«lo que yo gano, lo pierdes tú»—, la lógica del *win-win* —«ganamos los dos»—. En vez de un tablero de ajedrez, donde la ficha más grande se come a la más pequeña, un esquema de superposición y acrecimiento. Cuantos más países se avinieran a participar en este juego, más oportunidades tendrían los Estados Unidos de obtener benefi-

cios, tanto de la cooperación como del conflicto. Y de forma gradual, las interacciones se podrían convertir en interrelaciones: primero funcionales, después institucionales y, quizá al final, sinceramente comunes.

La realidad de la que se partía era la de Hobbes —la vida en la tierra es «brutal, desagradable y corta»—, pero la esperanza era que de ese mundo de anarquía emergiera paulatinamente el mundo de Locke. La cooperación llevaría hacia la integración y la prosperidad, y estos dos vectores, al liberalismo. Así se iba a hacer posible resolver la vieja tensión entre los intereses de la gran nación norteamericana y sus ideales, obteniendo ambos a la vez. Los Estados Unidos protegerían sus intereses gracias al poder que iban acumulando en el proceso de expansión, pero a la vez perseguirían también sus ideales al favorecer el establecimiento de una comunidad cada vez más extensa de países independientes que se relacionaban de forma mutuamente provechosa, generándose así la benéfica confluencia de intereses y valores. A lo largo de esta dinámica, desde 1945 se fue creando la densa red de instituciones, organismos e interacciones pacíficas y cooperativas que se conoce como el orden liberal-democrático.

Cronológicamente, el «orden» se estableció a través de tres estadios. Woodrow Wilson intentó su fundación tras la Primera Guerra Mundial, pero esto no fue posible, debido a su rechazo, tanto en Estados Unidos como en Europa, por fuerzas contrarias poderosas, mostrando que las condiciones históricas no estaban aún maduras.⁵ Pero la experiencia wilsoniana, con la creación de la Sociedad de Naciones, legó a sus sucesores un posible modelo y algunas lecciones de prudencia. Franklin Roosevelt y Harry Truman lo intentaron de nuevo durante y tras la Segunda Guerra Mundial y, esta vez, el orden arraigó, por lo menos en una parte del mundo. En una tercera fase, los presidentes George H. W. Bush y Bill Clinton refundaron el sistema para el periodo posterior al fin de la Guerra Fría, expandiéndolo desde los países

5. Sobre el sistema wilsoniano: Smith, Tony, *Why Wilson matters. The origin of American liberal internationalism and its crisis today*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2019.

occidentales al resto. La gran esperanza era que, igual que había sucedido con los países del Este europeo, también Rusia y China acabaran por integrarse en el orden.

Lo interesante de estas sucesivas fases es que, a lo largo del proceso, se aprendió de los errores cometidos, y los acuerdos cooperativos se adaptaron a las realidades cambiantes, de manera que el sistema fue lo suficientemente flexible para acomodar de manera sucesiva a nuevos países. Que los principios del libre comercio y la hegemonía del dólar iban a beneficiar sobre todo al país más poderoso, los Estados Unidos, era obvio, pero ello no impedía que todos los demás también se beneficiaran. El *hegemón* asumía además la responsabilidad de garantizar la seguridad del orden.

En la medida en que el *hegemón* proveía de bienes públicos globales, tales como la seguridad regional y global, la libertad de los mares, el comercio libre y la estabilidad monetaria, se asumieron sus condiciones durante la post-Guerra Fría por una gran mayoría. Los resultados, a pesar de los indudables errores cometidos, fueron positivos en términos globales. Entre 1989 y 2016, el producto bruto mundial se triplicó. Más de mil millones de personas salieron de la pobreza, los indicadores de salud globales (como el descenso de la mortalidad infantil) mejoraron significativamente, y se hizo posible alcanzar una parte no menor de los Objetivos de Desarrollo del Milenio de Naciones Unidas, a la par que las nuevas tecnologías mejoraban palpablemente la vida cotidiana de las personas, haciendo posible su conectividad de una manera desconocida hasta entonces.

Hacia 2010 se hizo evidente que los viejos consensos se estaban rompiendo y que el orden se deterioraba a gran velocidad. No fue en absoluto ajena a esta percepción la conciencia, creada por el tsunami financiero de 2009 entre los sectores más desfavorecidos de los países desarrollados, de que las élites no se estaban comportando de forma responsable, obteniendo incluso ventajas adicionales de la crisis, lo que generó una tremenda desconfianza en las instituciones y dio pábilo al populismo anti-*establishment*. Tanto Putin como Xi Jinping hicieron ver en ese momento que no estaban dispuestos a seguir aceptando un orden en el que, según su juicio, el gendarme norteamericano estaba ac-

tuando desde hacía décadas —al menos, desde la invasión de Irak y desde la interpretación crecientemente unilateral de la llamada «guerra contra el terror»— de forma cada vez más irresponsable. Hoy ambos no dudan en afirmar abiertamente que la actitud de Estados Unidos en relación con la estabilidad global se ha hecho disfuncional e incluso contraproducente.

Es decir, junto a la necesidad de proyectar el poder e influencia que piensa corresponden por derecho propio a China, Xi cree que los Estados Unidos se hallan al final de su ciclo histórico, en un declive estructural continuado e irreversible.

Las señales de esa decadencia, comparables a las del final del Imperio romano, serían, según la narrativa de Pekín, fácilmente identificables. La «guerra contra el terror» del presidente George W. Bush y las posteriores fallidas intervenciones norteamericanas, tratando de reconstruir Afganistán, invadiendo Irak, buscando el cambio de régimen en Libia, creando un vacío en Siria o Yemen, constituirían el paralelismo a las disfuncionalidades internas del sistema político estadounidense, claramente visibles en la extrema polarización partidista interna, las incoherencias y los bruscos cambios de política de Trump, el bloqueo institucional, o la radicalización de unas minorías que culminó con el bochornoso asalto al Congreso de enero de 2021.

Xi piensa que Washington no será capaz de recuperar su credibilidad externa y la confianza de las demás naciones en su capacidad de actuar como gendarme de la seguridad global. Su apuesta es que, conforme vaya avanzando la década de 2020, un mayor número de países se darán cuenta del deterioro norteamericano, pasando de alinearse con Washington para oponerse a Pekín a querer mantener una distancia entre las dos potencias y, finalmente, decantarse por China. El temor de los dirigentes chinos es que, en ese proceso, los Estados Unidos intenten desvincularse lo más posible de China y formen una alianza de democracias en el mundo con el objetivo de crear un contrapoder colectivo frente al cambio de era que el Estado chino del siglo XXI —piensan— ineluctablemente representa.

En respuesta a los esfuerzos norteamericanos por reagrupar a los países democráticos frente a China —por ejemplo, a través de

la Cumbre por la Democracia, organizada por Biden en diciembre de 2021—, Xi ha puesto en marcha una ambiciosa campaña diplomática con el fin de inducir a los países aliados y amigos de Washington a cambiar el curso y acercarse a Pekín. Para ello, entre otras iniciativas, ha concluido acuerdos comerciales y de inversión de los que los Estados Unidos no son parte, como la Asociación Económica Regional Integral de diciembre de 2020 con quince miembros de la región del Indo-Pacífico, entre los que se incluyen naciones tradicionalmente cercanas a Washington como Japón, Australia, Corea del Sur, Singapur o Nueva Zelanda.

En particular, la invasión de Ucrania y las sanciones occidentales a Rusia han acelerado el proceso de búsqueda y reordenación de alianzas, con Pekín adoptando un papel protagonista en la ampliación de los BRICS y en la supuesta defensa de los intereses del Sur Global. Lo que en diversas ocasiones ha llevado a que muchos de estos países refuercen su opción por intentar proseguir caminos de una cierta autonomía. Hoy nos encontramos con el dilema de que las sanciones occidentales pueden haber estrechado la alianza sino-rusa (extendida a Irán) y que las potencias emergentes y muchos otros países del mundo pueden verse seducidos por las ventajas económicas que Pekín les ofrece.

¿Cuál es la realidad del poder chino y qué persigue su política de seguridad?

China es hoy la segunda economía mundial y el segundo mayor presupuesto de defensa. Posee la mayor capacidad de misiles convencionales, la más extensa guardia de defensa costera y la segunda Armada, resultado de la más rápida construcción de naves en la historia moderna. Particularmente dramático ha sido el crecimiento de su armamento nuclear desde 2020.⁶

6. Fravel, M. Taylor, *et al.*, «China's misunderstood nuclear expansion. How U.S. strategy is fueling Beijing's growing arsenal», *Foreign Affairs*, 102, 6 (2023).

Sin embargo, China no ha llegado a superar a Estados Unidos en su posición de superpotencia en todo un conjunto de capacidades. Económicamente, es cierto que el PIB nominal se ha acercado mucho y puede llegar a sobrepasar al de Estados Unidos, pero su PIB per cápita es menos del 20 % de su rival (10.484 dólares en 2020, frente a 63.416 dólares), por debajo, por tanto, de un buen número de países medios. Aunque el tamaño total de la economía es sin duda más relevante que el ingreso per cápita, el ingreso medio chino indica que su riqueza global se mueve en otra liga distinta a la de Estados Unidos.

Adicionalmente, un punto central para constituirse en superpotencia es contar con una moneda que domine los pagos y las reservas internacionales. Si bien China está desde hace años presionando en favor de la internacionalización del renminbi, la participación de la divisa china en el conjunto de los pagos globales es aproximadamente el 2 %, mientras que la del dólar se mantiene en torno al 40 %. Por lo que se refiere a las reservas de los Bancos Centrales, la moneda china sólo supone el 1 % de las reservas globales, mientras que el dólar se sitúa en el 60 % de las mismas. Un punto fuerte a favor de Pekín es que es el segundo mayor tenedor (tras Japón) de deuda norteamericana del mundo.

La consolidación de China como gran potencia descansa en dos pilares: por un lado, el desarrollo de su poder económico y, por otro, el poder militar. China ha gastado enormes sumas de dinero en la modernización de su ejército en los últimos años, que se ha hecho mucho más eficaz. Su gran ambición es conseguir proyectarse globalmente, para lo que precisa de puertos —como el del Pireo, en Grecia— y bases —como la establecida en Yibuti—, pero para ello necesita consolidar puntos de apoyo regional.

Aunque sea objeto de críticas por su extraña fórmula de capitalismo de Estado, el hecho es que China es el mayor socio comercial de gran parte de las economías del mundo y un activo participante en el capitalismo global. La economía china no está conducida por un modelo de planificación centralizada, sino de política industrial dirigida, y Pekín no ha puesto presión sobre otros países para que cambien sus capitalismo a la americana, en gran medida porque la economía china está fuertemente inte-

rrelacionada y es muy interdependiente de la economía global. Si bien para no pocos economistas liberales, antes o después, la política industrial china y su esquema de empresas estatales acabarán haciendo agua, el caso es que la fórmula china de subvención gubernamental y dirigismo estatal está siendo adoptada de manera parcial por otros países, como puso de manifiesto paradójicamente la Ley de Reducción de la Inflación de 2022 en Estados Unidos y otras legislaciones similares en un buen número de países. Otra paradoja: como ejemplo de éxito capitalista, China sólo está por detrás de Estados Unidos en el número de bilionarios con los que cuenta; en Pekín residen ya más bilionarios que en Nueva York. Un dato no desdeñable.⁷

¿Qué ocurre, por su parte, con el poder militar? Para una mejor comprensión de la política de seguridad nacional china hay que tener en cuenta los tres componentes de las fuerzas armadas: el Ejército de Liberación Popular (ELP); la Policía Armada del Pueblo, de carácter paramilitar, y la Milicia. La política que ha guiado el desarrollo de las fuerzas armadas ha estado conformada por los intereses de seguridad nacional china. Así, tras haber fortalecido y centralizado su seguridad nacional y su seguridad fronteriza, el PCCh ha ido ampliando sus necesidades de seguridad más allá del territorio continental.⁸

En los momentos actuales, y muy probablemente en los próximos años, estas «ondas expansivas de las capacidades de seguridad» chinas se sitúan en los tres mares cercanos —el mar de China Meridional, el mar de China Oriental y el mar Amarillo—, que constituyen a su vez lugares de las reclamaciones de soberanía marítima de Pekín.

En el esquema del pensamiento estratégico chino las disputas sobre la soberanía en los mares adyacentes podrían instigar

7. Dolan, Kerry A., «Forbes 35th annual world billionaires list: facts and figures 2023», *Forbes*, 6 de abril de 2021, <<https://www.forbes.com/sites/kerryadolan/2021/04/06/forbes-35th-annual-worlds-billionaires-list-facts-and-figures-2021/?sh=3385e89d5e58>>.

8. Para una perspectiva general, Gill, Bates, *Rising star. China's new security diplomacy*, Brookings Institution Press, Washington, 2007.

una posible respuesta de Estados Unidos o de sus aliados. Por esta razón, para elevar el umbral de respuesta ante una intervención de los Estados Unidos o de sus aliados frente a sus reivindicaciones, Pekín ha ido incrementando sus capacidades militares con el fin de responder a las vulnerabilidades norteamericanas detectadas. Reinterpretando la estrategia tradicional del ELP de «usar el territorio para controlar el mar», China ha reforzado sus sistemas de misiles y otros armamentos dirigidos a un posible contraataque, con el objetivo de «ganar, sin tener que intervenir por la fuerza», y garantizarse sus intereses de seguridad a largo plazo, inicialmente a través del objetivo de convertirse en el poder preponderante en Asia Oriental.⁹

Para alcanzar estos fines, la estrategia china de seguridad persigue la disuasión frente a cualquier intervención militar extranjera, en primer término, mostrando sus capacidades (idealmente, sin tener que usarlas para matar: «ganar sin tener que luchar») y combinando esta táctica con progresos incrementales por debajo del umbral de guerra en «zonas grises» donde ejercer la coacción frente a reclamaciones rivales, utilizando fundamentalmente la guardia costera y la milicia marítima. Así, sobre la base de los datos disponibles, los expertos concluyen que el incremento de las capacidades para llevar a cabo operaciones en relación con los mares cercanos se centra sobre todo en lo que respecta a Taiwán y al contencioso de las islas Spratly en el mar del Sur de China, siendo mucho menores más allá de estos límites. Se entiende generalmente que a lo largo de la próxima década los Estados Unidos mantendrán su prevalencia en el caso de una guerra contra las fuerzas armadas chinas, si bien éstas estarán en situación de alcanzar progresivamente la superioridad en determinados espacios marítimos o aéreos, y la victoria estadounidense se irá haciendo mucho más costosa de lo que hubiera resultado años atrás si se continúa el actual ritmo de crecimiento militar chino.¹⁰

9. McReynolds, Joe (ed.), *China's evolving military strategy*, The James-town Foundation, Washington, D.C., 2017.

10. Existe actualmente en Estados Unidos un intenso debate sobre estas cuestiones, con opiniones en parte contradictorias, véase: Hass, Richard, y